
DISCURSO I.

INTRODUCCION.

Mecum sunt divitiae et gloria.
En mi mano están las riquezas
y la gloria. (Prov. VIII. 18).

Si nos dedicamos á honrar á la augusta Madre de Dios, debemos esperar todo género de bienes de Aquella, que nos dió en Jesucristo al compasivo Médico, que vino para sanar nuestras heridas; al sapientísimo Maestro, que apareció para disipar nuestras tinieblas; y al generoso libertador descendido del Cielo á la tierra, para redimirnos con su sangre de la esclavitud del demonio y abrirnos de nuevo las puertas del Paraíso. Venerando á nuestra afectuosísima Madre, podemos estar seguros de que Ella, amándonos con un amor más tierno que el que una madre cualquiera siente por el hijo de sus entrañas, acudirá propicia á iluminarnos en las dudas, á fortalecernos en los dolores, á disipar nuestras vacilaciones, y á vencer las tentaciones, estrechándonos entre sus brazos y alimentándonos con la leche de su misericordia.

Pero, para alcanzar tan inestimables beneficios, no basta con decir solamente: soy devoto de María; se necesita, además, ser verdadero devoto suyo. En mi concepto, son pocos los que profesan esta verdadera devoción por mas que muchísimos se lisonjeen de profesarla. En efecto, aun cuando muchísimos se postren ante los altares de la Virgen, la veneren en sus imágenes, invoquen su nombre y la supliquen con fervorosas súplicas en la hora del peligro y del dolor, sin embargo, son pocos, muy pocos, aquellos cuya devoción no degenera en inconstancia con el transcurso del tiempo, é insignificante el número de aquellos cuya devoción no decline, por un exceso de orgullo, en temeraria presunción. Empero, no pudiendo dudar,

amados hermanos, que me escuchais, de que os interesa sobremañera procuraros el patrocinio de María, tampoco me cabe duda de que necesitais saber cual sea la devocion que impulsa á María á cobijaros bajo el manto de su proteccion. Así, pues, como introduccion á los siguientes discursos que me propongo dirigiros sobre las virtudes de la Madre de Dios, voy á demostrar, que es necesario ser devotos de María, y serlo imitándola en las virtudes de que nos dió preclarisimos ejemplos. El asunto es vastísimo; procuraré reducirlo á la mayor brevedad posible. Prestadme vuestra benévola atencion. A. M.

Tanto si consultais la voluntad de Dios, manifestada de una manera clara, como si examinais los títulos de María, que son sin duda eminentes y sublimes, ó volveis los ojos á los innumerables bienes que de ello se reportan, siempre os vereis obligados á confesar la necesidad de la devocion á la Santísima Virgen.

Que Dios quiere que se honre á María, se manifiesta evidentemente con solo haberla escogido por Madre. En verdad; al escogerla por Madre suya, la enriqueció con una grandeza no comunicada á ninguna otra criatura; la constituyó en un orden inmensamente superior á todos los demás seres; la adornó con una prerogativa que la acerca hasta los confines de la divinidad; y la colocó como á centro de la antigua y de la nueva Ley. Ahora bien; si leemos que Dios quiso que se guardase suma veneracion al lugar donde se apareció al patriarca Jacob (1), tenemos motivos para decir, que quiere mayormente honrada á María, habiendo morado en Ella por espacio de nueve meses, y tomado de la misma la sustancia del propio cuerpo. Si leemos tambien, que Dios, apareciéndose á Moisés en un ardiente zarzal, quiso que aquel suelo, como sagrado, le honrasen con respetuoso culto (2), preciso es afirmar, que quiere mayormente honrada á María, puesto que moró personalmente en Ella, y recibió de la misma todo cuanto un hijo recibe de su madre. En fin, si consideramos que Dios honra sobremañera á sus amigos, haciendo que su imperio sea sumamente poderoso (3), no podría comprenderse como un Dios, que de esta suerte trata á sus amigos y siervos, no hubiese querido elevar tambien á las aclamaciones universales á Aquella, de quien, segun la carne, recibió la vida,

(1) GEN. XXVIII, 17 y 18.

(2) EXOD. III, 5.

(3) SAL. CXXXVIII, 17.

¡Ah, sí! Dios quiere honrada á María; y porque la quiere honrada la preservó del pecado original entre todos los descendientes de Adan; la embelleció con la gracia desde el primer instante de su concepcion; la libró del fomes de la concupiscencia, la eximió de la ley afrentosa, que condena á las mujeres á dar á luz á sus hijos entre agudos dolores; y la concedió el privilegio de concebir un hijo sin el más mínimo detrimento de su immaculada virginidad. Dios quiere honrada á María, y, por lo mismo, la colocó á tan alto grado, que, á su lado, la santidad de los ángeles y de los bienaventurados desaparece como un rayo de luz delante del sol; siendo tan sublimes los tesoros sobrenaturales en Ella reunidos, que ninguna inteligencia humana ni angélica jamás podrían llegar á comprenderlos. Dios quiere honrada á María, y por este motivo la mostró al mundo en su nacimiento, para que éste empezase á honrarla desde aquel instante. Despues que la hubo señalado en el Paraíso terrenal, como reparadora de las ruinas que causó al mundo el pecado de nuestros primeros padres, la significó de varias maneras á los Patriarcas y á los Profetas; la reveló á David, como Reina sentada á la diestra del supremo Rey de la gloria; á Salomon, como la Sulamite cuya belleza oscurece los más brillantes colores y las más encantadoras imágenes; á Jeremías, como una mujer prodigiosamente fecunda de un Hombre-Dios; á Isaías, como Aquella que estrechó á un niño divino entre sus brazos maternales; y á otros insignes personajes de la antigua alianza, como esperanza y consuelo de todo el linaje humano. No satisfecho con esto, la anunció con símbolos y con figuras; y sabemos que de María hablaba el Arca, que se elevaba segura en medio de las exterminadoras olas del Diluvio universal; la vara de Aron, cubierta de flores, aunque separada del tronco; el vellon de Gedeon, la nube del Carmelo, el ciprés de Sion, la rosa de Jericó, la palma de Cades, el delicioso Huerto cerrado tan celebrado en los Cantares, y la piedrecita que desprendida prodigiosamente del monte destruyó el simulacro de Babilonia. Siendo así, ¿puede jamás imaginarse que aquel Dios, que presentó de tales modos á María á los hijos de los hombres, no la quiera honrada por los mismos? No por cierto, y de nada más necesitamos para estar seguros de que es voluntad de Dios que honremos á María, ofreciéndole los respetos de nuestra devocion.

Además, María merece ser honrada. En efecto, ó la consideremos en sí misma, ó con relacion al Hijo, ó con respecto á nosotros, Ella tiene siempre derecho á toda veneracion y á todo honor. Considerada

en sí misma, se nos ofrece predestinada á semejanza del Hombre-Dios; considerada con relacion al Hijo, hizo por Jesús inmensamente más de lo que han hecho por Él todas las demás criaturas; y con respecto á nosotros, es nuestra Madre.

Considerada en sí misma, María se nos manifiesta predestinada á semejanza del Hombre-Dios. Así como el Omnipotente, con el ojo infalible de su prevision, vió ántes de que creára al hombre, que éste prevaricaría vencido por diabólica sugestion, tambien por su inmensa misericordia decretó *ab eterno*, que fuera redimido. Y no solo su infinita sabiduría estableció el modo y el orden de la redención, sinó determinando la época cierta en que la cumpliría. Y como que no era posible que tuviese lugar la humana redencion sin que, como estaba dispuesto en los eternos consejos, el Hijo del Altísimo naciese de una virgen, era igualmente necesario que estuviese determinado el nacimiento de esa virgen, de la cual el Hijo divino debía tomar carne humana. Por eso la maternidad divina coloca á María en un orden de predestinacion singular, de predestinacion especialísima, de predestinacion enteramente semejante á la del Hombre-Dios, puesto que no puede quererse al Hijo sin querer á la Madre.

Considerada con respecto al Hijo, María hizo por Jesús inmensamente más que todas las otras criaturas. ¿Qué han hecho éstas por Jesús? Le anunciaron los Profetas, lo simbolizaron los Patriarcas, los Ángeles celebraron su nacimiento, los Pastores y los Magos veneraron su grandeza, aunque humillada hasta nuestra condicion; el Bautista mostrole al mundo, los Apóstoles y los Evangelistas diéronle á conocer á las naciones, y los ministros de la Iglesia predicán su palabra y administran sus sacramentos. Empero, ¿qué es todo esto en presencia de María, que formó con la propia sustancia á este Dios Salvador, y le alimentó con su leche? ¡Ah! nadie puede gloriarse de haber dado algo á Dios; solo María, como Madre de Jesús, le ha dado algo; le ha dado aquella carne, de la cual tenía necesidad, aunque voluntariamente, para cumplir nuestra redencion.

Considerada con respecto á nosotros, María es nuestra Madre. En efecto, es dogma de fé, que habiendo Jesús vestido nuestra carne mortal, contrajo con nosotros una alianza íntima, mediante la cual es nuestro primogénito, nuestra cabeza suprema y nosotros sus miembros. Por consiguiente, María, con ser Madre de la cabeza, pasa á serlo igualmente de los miembros, por lo mismo que la cabeza y los miembros constituyen un solo cuerpo. Y Ella es verdade-

ramente Madre nuestra, por ser aquella por la cual nacimos, somos alimentados y crecemos; nacimos, no al mundo, sinó á Dios; nos alimentamos, no de leche material, sinó de leche espiritual; y crecemos, no en extension de miembros, sinó en extension de virtudes. Con este nombre la llamó Jesús desde la Cruz, con este nombre la llaman los creyentes, puesto que, desde el instante que se oyó por vez primera en el Calvario esta dulce palabra ¡¡¡María nuestra madre!!! en todas las partes de la tierra, desde el balbuciente niño hasta el moribundo que exhala el último aliento, la palabra que se pronuncia con mayor afecto es: ¡Madre mía!

¿Qué títulos no son estos, hermanos míos, para reclamar nuestra devocion hácia la Santísima Virgen? ¿Y no tuvieron razon los hijos de la Iglesia para consagrarle su afecto desde el origen del Cristianismo? ¿Cómo dudar que debemos venerar á Aquella, que, con relacion á sí misma, se nos ofrece predestinada á semejanza del Hombre-Dios; considerada con respecto al Hijo, hizo por Jesús inmensamente más que todas las criaturas; y por lo que mira á nosotros, es nuestra Madre? No importa que otros, ciegos desventurados, no quieran abrir los ojos á tanta luz; nosotros no vacilemos en ofrecer á María nuestra devocion. Puesto que si la devocion es una tendencia del espíritu á algun objeto meritorio, y encierra en sí misma los sentimientos de la veneracion y del amor, segun queda demostrado, no cabe duda que, despues del culto debido á Dios y á su Unigénito Jesucristo, María es el objeto más digno y predilecto de nuestra veneracion y de nuestro amor.

Y tanto más arraigada debemos tener, ó tomar á pechos esta devocion, cuanto más propicia para nuestros intereses es para nosotros manantial de inagotables beneficios. Antes pasarán el Cielo y la tierra, que deje María de socorrer á quien con recta intencion invoque su patrocinio; y por su mediacion, el mundo ha recibido y recibirá todo bien.

Por lo expuesto, está claro, hermanos míos, que el culto de la Virgen nos será utilísimo, y, por lo mismo, claro está tambien, que debemos ser devotos de María, por ser la voluntad de Dios que se la honre, pues merece ser honrada, y está en nuestro interés el honrarla. Sin embargo, no toda devoción es buena, puesto que si hay una verdadera, existe igualmente otra que es falsa; si existe la santa, hay asimismo la reprobada, ora por motivo de hipocresía, ora por causa de presuncion, ora por otro vicio cualquiera. Y consistiendo la devocion verdadera, segun San Agustin, en imitar á la persona

venerada, se sigue, que debemos ser devotos de María, imitándola en sus virtudes. Si María fué pura, no debemos ser sensuales; si María fué fervorosa, no debemos mostrarnos tibios; si María fué humilde, no podemos ser orgullosos; y si fué y es generosa en sus dones, no hemos de escatimarle nuestros obsequios. Es necesario que imitemos su compostura en nuestro trato, su modestia en nuestros ojos, su mansedumbre en nuestro espíritu, su sencillez en nuestras acciones, y su amor hácia Dios y el prójimo en nuestro corazón. Es preciso que nos afanemos por imitar su templanza, su obediencia, su fe, su celo, su paciencia y su resignación, puesto que fué sóbria y obediente, creyente y vigilante, paciente y resignada. Bueno es visitar sus imágenes; pero estas visitas no deben hacerse sin recogimiento; es bueno orar ante sus altares, pero estas oraciones deben ir acompañadas de la atención; bueno es que se bendiga su santo nombre, pero á estas bendiciones debe acompañarlas el fervor; es bueno que se la venera con actos exteriores, pero éstos deben ser la manifestación de la devoción interior. Hermanos míos, si tiene estas cualidades la devoción que os gloríais de profesar á la Santísima Virgen, estad seguros de que vuestra devoción es buena, y puedo aseguraros para consuelo vuestro, que cuanto más devotos sereis de María, con tanta mayor abundancia experimentareis su benévolo patrocinio. Pero si, por el contrario, vuestra devoción se contentase con las apariencias, si es bella por defuera y asquerosa por dentro, y si satisfecha de algunas prácticas exteriores no cuidase de lo que es sumamente necesario para la salvación del alma, entónces no esperéis de ella buen resultado, porque no es sólida ni sincera.

En la Ley antigua, Dios había ordenado, que no se ofreciesen víctimas sin haberlas quitado ántes la piel, para que, descubiertas las carnes, apareciera si eran dignas de serle ofrecidas. Ahora bien; quitada la piel, ó sea la exterioridad, ¿qué es lo que queda de muchas devociones dedicadas á la Santísima Virgen? Queda un culto que nada tiene de verdadero; que no refrena nuestras concupiscencias, ni purifica nuestra conducta. Queda un servicio de pura ceremonia, sin que el espíritu tome parte en la oblación, ni el corazón deje de correr miserablemente extraviado en pós de viles criaturas. Queda un homenaje rutinario, en el cual, al paso que se hacen largas oraciones, las obras están en oposición con las palabras. ¿Y de qué sirven tantos cánticos en alabanza de María, si los que con la boca la bendicen, no abandonan el mundo, ni se alejan de sus perversas máximas? ¿A qué viene acercarse á María con la boca y glorificarla con

los labios, si no se corrigen las malas pasiones, si no se reforman las depravadas costumbres, si no se alejan los objetos que nos pierden, si no se sacrifican los intereses que nos deslumbran, ni se cortan las amistades que nos corrompen? En verdad, que nada injuria tanto á la Virgen como el suponer, que los homenajes que se le tributan, excusen las rebeliones contra su divino Hijo. No cabe duda, que al obrar de esa suerte, se pretende, en cierta manera, hacerla cómplice de nuestras culpas, y declararla protectora de nuestras iniquidades. Tal es precisamente la devoción de aquellos que, con motivo de algunos obsequios tributados á María, creen poder vivir sin temor alguno de las divinas amenazas.

Veneremos, pues, hermanos míos, á María; pero, venerémosla, principalmente, imitando sus virtudes. Presentémonos ante sus imágenes; pero, con los sentimientos de un afecto sincero; invoquemos su nombre, no con solos los labios, sino también con el corazón; ofrezcámosle guirnaldas; pero, más bien que guirnaldas tejidas con flores que se marchitan, ofrezcámosle guirnaldas tejidas con flores que nacen y crecen en los jardines del Paraíso, esto es, con las flores de la caridad, de la paciencia, de la mortificación, de la modestia y de la humildad; dediquémosle nuestra devoción; pero, aquella devoción con la cual el hombre, al decir de San Bernardo, cae ménos frecuentemente, se levanta con mayor prontitud, anda más cauteloso en medio de las asechanzas del siglo, descendiéndose más copioso sobre nosotros el celestial rocío, se muere con mayor confianza, y se es premiado en el Cielo con mayor largueza (1). Felices nosotros, si, interrogando nuestra conciencia, pudiéramos decir en verdad, que tal es nuestra devoción, puesto que María la miraría con complacencia, la favorecería con gracias, y la premiaría con galardones. Esta es la devoción que ha de prestarnos socorro en nuestras miserias, firmeza en los peligros, consuelo en las aflicciones; esta es la devoción que debe hacernos contentos en vida, confiados en la hora de la muerte, y dichosos en la eternidad.

(1) De bon. relig.